

ACOGIDA Y ACOMPAÑAMIENTO

Reflexiones en contexto monástico

INTRODUCCIÓN

Cuando me llamaron para proponerme esta ponencia inmediatamente pensé, ¿pero, cómo voy a hablar yo a personas tan eruditas? Cuando me insistieron que se trataba que hablara desde la experiencia monástica, dije que al respecto tengo alguna nada más. Ante la insistencia, recordé una vivencia personal que marcó mi relación con Dios, fue esto lo que me llevó a aceptar la invitación que se me hacía.

Por lo tanto, no hablo con el respaldo de ningún título académico ni eclesiástico, no pretendo impartir una doctrina sobre la acogida y el acompañamiento espiritual monástico, personas competentes hay al respecto, tampoco pretendo dar consejos convenientes. Simplemente, como decía, vengo cargada con una vivencia personal que me dio fuerza para aceptar esta ponencia y compartir con ustedes unas pocas reflexiones sobre mi experiencia en la acogida y el acompañamiento espiritual a las jóvenes de mi comunidad monástica. Eso sí, me alegraría que estas breves reflexiones sirvieran, a monjes y no monjes, a jóvenes y menos jóvenes para tomar mayor consciencia de la necesidad de ser acompañados en la vida para crecer humana y espiritualmente.

Decía que hace unos años viví una experiencia que marcó un nuevo comienzo en mi vida. En aquel momento, quedaba impresa en mí la certeza que Dios es el primero que nos ha acogido y acompañado en la vida. Dios no sólo nos crea en una explosión de su amor sino que nos acoge y acompaña desde el momento mismo de nuestra concepción; son sus manos las que nos sostienen en el crecimiento y desarrollo de nuestro cuerpecito, su aliento el que nos insufla la vida. Y no sólo nos crea, acoge y acompaña, sino que se goza en hacerlo, y desde el momento que nos crea, acoge y acompaña en el vientre materno, sueña con que veamos la luz de este mundo.

Aquel día comprendí que yo había venido a este mundo no sólo porque mis padres lo quisieran, también, sino porque Dios-Trinidad lo había querido. Todo pasó en un momento, pero pude comprender que la vida es un don de Dios, que toda vida es querida, acogida y acompañada por Dios. Por eso, no acoger ni acompañar la vida, en cualquiera de sus fases, es atentar contra la paternidad/maternidad de Dios.

Ciertamente la presencia de Dios en nuestra vida nunca nos falta. Dios nos acoge y acompaña en nuestro desarrollo fetal, en nuestra infancia, en nuestra adolescencia, en nuestra juventud, en nuestra madurez, en nuestra ancianidad; Dios nos espera para acogernos y acompañarnos por toda la eternidad. Pero, sólo entonces ya no

necesitaremos de mediciones humanas. Mientras eso llega, la acogida y acompañamiento de Dios se nos revela a través de esas mediaciones.

Creo que sólo desde aquí, desde la certeza que Dios, su Espíritu Santo, es el verdadero Acompañante, tiene sentido hablar y vivenciar la experiencia de acogida y acompañamiento espiritual a través de las mediaciones humanas. Es decir, toda persona que acoge y acompaña es reflejo, o tendría que serlo, del gran Acogedor y Acompañante de toda vida humana.

Trataremos de ver en esta ponencia la acogida y el acompañamiento como una sola acción por la cual prestamos un servicio de atención en el camino espiritual de nuestros prójimos: tanto a los que están dentro del monasterio como a quienes se acercan a él en busca de escucha, atención, comprensión, esclarecimiento, confirmación a su itinerario espiritual y humano, etc. Estamos viendo, pues la acogida y el acompañamiento desde dentro de la vida monástica.

Antes de centrarme en la acogida y acompañamiento espiritual desde mi experiencia, nos acercaremos, en una primera parte, a las fuentes de la acogida y el acompañamiento espiritual; haremos referencia al resurgir de la práctica de la acogida y el acompañamiento; luego, a través de algunos interrogantes, veremos por qué sigue siendo importante hoy día esta práctica. En la segunda parte, compartiré mi experiencia respecto a la acogida y acompañamiento desde mi labor como maestra de novicias.

I. FUENTES DE LA ACOGIDA Y ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Hablar hoy de acogida y acompañamiento sin ir a la fuente de donde dimana toda espiritualidad, creo que se quedaría sin fundamento. Es decir, sin acudir a la Sagrada Escritura, principalmente a los Evangelios y concretamente al Señor Jesús, hablar de acompañamiento espiritual no tendría sentido. El Señor Jesús es el modelo de todo acompañante y, voy a decir un disparate, de todo acompañado.

Como acompañante, el Señor Jesús se nos revela como modelo en cuanto acoge a todos, a los más pobres, los pecadores, a las mujeres (cf. Lc, 1, 2; Mt. 9, 10-13); escucha las súplicas de los ciegos, viudas, etc, (cf. Lc. 18, 35-43; 7, 11-17); sana a los enfermos (Mt. 4, 23-25), atiende a la gente que le sigue y no tiene que comer (cf. Mt. 15, 29-39). Instruye, educa y forma a sus discípulos en el seguimiento (Mc 8, 31s; 9, 31s; 10, 32s, etc). Después de resucitar de entre los muertos, los sigue acompañando con sus apariciones, paradigma de este acompañamiento espiritual es el pasaje de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35). Y, aún más, prometió estar con nosotros, acompañándonos, todos los días, hasta el fin del mundo (Mt. 28,20).

Como acompañado, Jesús no está sólo, nunca le faltó la acogida y el acompañamiento del Padre y del Espíritu Santo, pero tampoco le faltó la compañía humana: escoge a unos cuantos no sólo para enviarlos a predicar, sino para que lo acompañaran y

estuvieran con Él (cf. Mc. 3, 14; Lc 8, 1). Jesús de Nazareth, tiene compañeros de camino, ¡y compañeras!: las mujeres acompañaron fielmente al maestro, hasta las últimas consecuencias (Lc. 8, 2; Mc, 15, 40). A los más cercanos pide una compañía más personal en momentos decisivos de su camino: cuando va a orar (Lc, 9, 18-21), cuando sube al monte de la Transfiguración (Mt, 17, 1-9), cuando se acerca su hora: “quedaos aquí y vigilad conmigo” (Mc. 14, 33). En los momentos más importantes de encuentro con el Padre el Señor Jesús se deja acompañar, mejor dicho, pide la compañía humana de sus discípulos.

Baste lo anterior para tener claro que la acogida y el acompañamiento humano y espiritual es una práctica evangélica, es parte de la Buena Noticia que nos trajo el Señor Jesús. Aún más, también podemos decir que es una práctica divina, trinitaria. La Trinidad viene a ser el mejor modelo de acogida y acompañamiento.

Podríamos haber puesto ejemplos de acogida y acompañamiento de otros personajes bíblicos, como S. Pablo y sus compañeros; o ir más lejos y buscar ejemplos de acompañamiento en el AT, como Rut y Nohemí, David y Jonatán, etc, pero esto requeriría un discurso aparte. Lo importante es tener claro que la acogida y el acompañamiento espiritual es algo propio de los buscadores de Dios de todos los tiempos, aunque no se considerara como una práctica elaborada tal como aparece dentro del monaquismo.

Seguimos indagando en la historia. Nadie ignora que la práctica del acompañamiento espiritual, tal como la tratamos nosotros, hunde sus raíces en la experiencia del *mocato*. Como dice Anselm Grüm:

Los padres del *mocato* fueron como los psicólogos de su tiempo. En la soledad, observaban y analizaban sus pensamientos y sus sentimientos, de los que el domingo, al reunirse para celebrar la eucaristía, trataban con el Abad, su padre espiritual, para no dejarse engañar en sus luchas. Dialogaban sobre sus pensamientos y sentimientos, sobre su estilo concreto de vida y sobre su camino hacia Dios... en la cual no se trataba tanto del perdón de los pecados como de un acompañamiento espiritual.¹

Uno de los grandes clásicos del acompañamiento espiritual, me refiero a S. Ignacio de Loyola, es testigo de esto. Por ejemplo, los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola pueden producir mayor fruto si no se ignora que están arraigados en la tradición monástica primitiva, así lo comenta J. M. Rampla:

En un estudio ya clásico, Heinrich Bacht sostenía que si los Ejercicios Espirituales y las constituciones de la Compañía de Jesús no producían siempre el fruto esperado era porque se desconocía su arraigo en la tradición monástica primitiva. Y, refiriéndose a los Ejercicios decía: «Ignacio resumió en un compendio todas las cosas sustanciales que en el antiguo monacato el padre espiritual comunicaba a sus discípulos a lo largo de años de instrucción activa» Más recientemente, T. Spidlik presentaba a Ignacio de

¹Anselm Grüm, *La Sabiduría de los Padres del Desierto*, Editorial sígueme, pág 14.

Loyola como un reflejo de la pedagogía espiritual de los Padres del desierto. En efecto, destacaba que en él se dan las cualidades del padre espiritual: teología o experiencia de Dios, discernimiento de espíritus, conocimiento del corazón humano y capacidad para transmitir la palabra adecuada.²

A partir de la experiencia del monacato, podemos decir que la práctica del acompañamiento espiritual ha conocido distintas formas de realizarse hasta llegare a considerarse hoy día una verdadera ciencia, una ciencia del corazón, un ministerio, un carisma. Es decir, con el paso del tiempo, la tradición ha enriquecido y ampliado la comprensión del acompañamiento espiritual monástico

La dirección o acompañamiento y consejo espiritual ha existido durante los siglos, al inicio, sobre todo por parte de monasterios (monjes de Oriente y de Occidente) y en lo sucesivo también por parte de las diversas escuelas de espiritualidad, a partir del Medioevo. Desde los siglos XVI-XVII se ha hecho más frecuente su aplicación a la vida cristiana, como se puede comprobar en los escritos de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Juan de Ávila, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguori, Pedro de Bérulle, etc.³

Veamos ahora algunas de esas fuentes que a lo largo de la gran tradición cristiana, antigua y moderna, han enriquecido la práctica del acompañamiento espiritual. D. Bernardo Olivera, dice que se reconoce agradecido deudor de:

La tradición monástica, la cual concibe el proceso de ayuda espiritual como una gestación y parto carismático. La relación se entabla entre un padre/madre e hijo/a en el espíritu. La apertura de corazón tan propia de la espiritualidad eremítica del desierto, y la corrección fraterna practicada en el monaquismo cenobítico, continúa siendo hoy dos pilares de la paternidad espiritual en el mundo monástico... *La tradición cisterciense según Elredo de Rieval* con su énfasis en la amistad espiritual. Santa Teresa de Ávila y San Francisco de Sales no son totalmente ajenos a esta forma de ayuda espiritual... *El camino carmelitano* con talante teresiano y sanjuanista, bien sintetizado en el caminito de Teresita de Lisieux... *La espiritualidad ignaciana* de tipo más unilateral. *El aporte de las ciencias humanas*, en especial de corte existencial y personalista.⁴

A lo largo de la historia sabemos que los grandes santos y místicos, son aquellos que afortunadamente contaron con un acompañamiento espiritual que los hizo crecer y avanzar siempre en la dirección del Espíritu, hasta alcanzar las cumbres de la santidad. Por lo tanto, la llamada es a volver no sólo a la tradición monástica, sino a redescubrir toda esa tradición del acompañamiento espiritual a fin de cosechar los mejores frutos.

² Josep M. Rambla, *No anticiparse al Espíritu, Variaciones sobre el acompañamiento espiritual*, Sal-Terrae 1197, 9, p. 619 ss

³ Congregación para el clero: *El sacerdote confesor y director espiritual ministro de la misericordia divina*, marzo 2011, p.20-21.

⁴ Bernardo Olivera, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual y laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires-México, 2010

Es necesario redescubrir la gran tradición del acompañamiento espiritual individual, que ha dado siempre tantos y tan preciosos frutos en la vida de la Iglesia.⁵

Lamentablemente, dicen los que conocen la historia, la práctica del acompañamiento espiritual, o dirección espiritual, calló en desuso en los últimos años. Era una práctica más bien sospechosa:

Duele, pero hay que decirlo, una parte de las generaciones “posconciliares”, por diferentes razones, abandonaron en cierta medida el cultivo de este arte tan reclamado y valorado por generaciones pasadas y presente.⁶

Bernardo terminaba diciendo en el párrafo anterior que es una práctica valorada no sólo por generaciones pasadas, sino también por las generaciones presentes, porque hoy día hay un nuevo resurgir de la práctica del acompañamiento espiritual. Es lo que ahora veremos.

1.2- El resurgir del acompañamiento espiritual

El resurgir del acompañamiento espiritual es algo indiscutible, aunque en algunos ambientes y contextos seculares todavía resulta difícil encontrar, como dice Lola Arrieta, la legitimación necesaria para el acompañamiento espiritual:

¿Qué rollo es ese de dejarse acompañar?, “ya no soy ningún niño”, “yo sé bien lo que quiero”, “yo no tengo porqué contarle a nadie lo que vivo”. Y es que en una cultura del yo inflado, (¡quizá tanto más inflado cuanto más se sienta asustado y arrugadito!), amante de la independencia y del individualismo, el acompañamiento se entiende como sometimiento, un tanto oscurantista propio de gente de Iglesia, de la que siempre hay que sospechar.⁷

Afortunadamente, como decía, muchos están de acuerdo que el interés por el acompañamiento espiritual, en formas muy variadas, es un fenómeno creciente: acompañar en el crecimiento personal, acompañar en la asistencia social o médica, acompañar en experiencias espirituales de distinto género, cristianas o no cristianas o laicas, acompañar en el duelo, etc. Las prácticas de acompañamiento abundan y se multiplican. A la vez proliferan las publicaciones teóricas y prácticas sobre este asunto.

Yo misma asisto a un seminario sobre acompañamiento en donde me enriquezco con teoría y práctica sobre dicho tema. Cursos que dirige una persona a la que considero maestra en el arte de la acogida y el acompañamiento, me refiero a Lola Arrieta, carmelita vedruna, psicóloga⁸. Cuya experiencia y estudios están haciendo aportaciones

⁵Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis*, 40: l.c., 723.

⁶Bernardo Olivara, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual y laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires-México, 2010, p. 19

⁷Lola Arrieta, *Acoger la vida, acompañando la vida*, Frontera Hegian 26, p. 12

⁸ Lola Arrieta, Carmelita de la Caridad Vedruna. Licenciada en Psicología, Universidad Pontificia de Salamanca. Especializada en Psicoterapia. Universidad de Comillas Instituto de Interacción y Dinámica

importantes en este campo. Dentro del grupo hay laicos, religiosas, sacerdotes, monjes. Resulta sumamente enriquecedora la conciencia que tenemos, todos los que participamos, de la necesidad del acompañamiento espiritual para vivir con profundidad la experiencia de Dios.

Parece pues, que hoy día el resurgir de la acogida y el acompañamiento se da en todos los campos, quizá más hacia afuera del monacato que hacia adentro. No obstante, habría que aclarar que los monasterios “practican de hecho” la acogida y el acompañamiento, aunque no lo teoricen. Con todo, a nivel teórico, también en el mundo monástico hay estudios muy buenos al respecto. Destaco, porque lo conozco y me parece muy completo, el libro de Bernardo Olivera⁹: *Luz para mis pasos*¹⁰, y más recientemente, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual laical*¹¹. Gran parte de mi estudio está basado en esta obra. Creo, pues, que la vida monástica tendría que seguir enriqueciendo, a partir de su experiencia, la teoría y la práctica sobre la acogida y el acompañamiento espiritual.

Cada vez son más las personas que acuden a nuestros monasterios en busca de acogida y acompañamiento, de escucha y sanación. No es raro que esto sea así, si tenemos en cuenta que los monjes y monjas son hombres de silencio y soledad fecunda.

Es el silencio ante Dios y desde Dios el que ha de capacitar a los monjes y monjas a contemplar el mundo con amor, a mirar la Iglesia con ternura y comprensión, a abrir sus corazones y sus comunidades a la acogida. Sólo las personas calladas interiormente saben acoger; sólo las personas que viven en silencio ante Dios, sin hablarse a sí mismas de sus temores, egoísmos y complacencias, saben acoger.¹²

Desde lo poco que he tenido oportunidad de acompañar a jóvenes que han venido al monasterio buscando orientación, puedo ver la profunda necesidad que hay de ser escuchadas, acogidas, comprendidas. Normalmente, la gente que se acerca es porque tiene heridas que sanar, culpabilidades que descargar, acontecimientos que reconciliar, cruces que abrazar, decisiones que tomar, etc. Lastimosamente, no todos saben que la

Personal. Madrid. Miembro acreditado de la Asociación de Psicoterapeutas "Laureano Cuesta" y miembro de la Federación Europea de Asociaciones de Terapeutas (FEAP). Perteneció al Centro Ruah de Salamanca.

⁹ Bernardo Olivera, Monje trapense, pertenece al Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, Azul, Argentina. Fue Abad General de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia. Luego de renunciar a éste, volvió a su monasterio en Argentina a finales de 2008, donde en Febrero de 2009, fue nuevamente elegido Abad. En 1973, fundó “Soledad Mariana”, movimiento laico de espiritualidad mariana y contemplativa, con el objeto de demostrar que la vida contemplativa puede ser adaptada a la vida en la ciudad.

¹⁰ Bernardo Olivera, *Luz para mis pasos: Iniciación al acompañamiento espiritual en contexto monástico*, Editorial Monte Carmelo, 2004.

¹¹ Bernardo Olivera, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, México, 2010.

¹² J.A. Pagola, *Silencio y escucha frente a la cultura del ruido y la superficialidad*, bajado de internet: http://www.mercaba.org/Fichas/Vida_consagrada/silencio_y_escucha_frente_a_la.htm

práctica del acompañamiento no es algo exclusivo de personas especiales o raras, sino que es una práctica que todo creyente puede necesitar.

Podemos concluir diciendo que en el resurgir de la práctica del acompañamiento espiritual, el monacato tendrá que seguir ofreciendo una labor irrenunciable, dentro de la Iglesia y del mundo actual, de acogida y acompañamiento. Así como también, tendrá que saber escuchar y enriquecerse con las nuevas aportaciones que se hacen al respecto, tanto desde instituciones eclesiales como desde fuera de ellas, a fin de responder y acoger adecuadamente a las demandas que las nuevas generaciones plantean en este campo.

1.3 ¿Hasta cuándo es necesario el acompañamiento espiritual?

Quienes saben de acompañamiento espiritual, quizá se rían de la necesidad de este interrogante, pero creo que no siempre se tiene claro que el acompañamiento espiritual no tiene “baja”, como lo puede tener una terapia psicológica. En el acompañamiento espiritual, podemos saber cuándo nos damos de alta, pero una vez iniciado el proceso no lo deberíamos de abandonar.

Cierto que habrá etapas donde necesitaremos un acompañamiento más intenso: cuando hay que tomar decisiones, en momentos de crisis, frente a acontecimientos inesperados, en momentos de duelo; pero en realidad es un proceso que nos debería acompañar toda la vida, puesto que la vida misma es un proceso inacabado. Es algo que nos recomienda los padres del desierto:

“Abba Bané preguntó un día al abba Abraham: “¿un hombre que está como Adán en el paraíso tiene necesidad todavía de pedir consejo?” Y éste le dijo: “Sí, Bané, porque si Adán hubiese pedido consejo a los ángeles: “¿Puedo comer del árbol?” Ellos le hubieran dicho: “No”.¹³

Son los grandes maestros espirituales los que nos advierten de la necesidad del acompañamiento espiritual en todo momento de nuestro desarrollo humano y de nuestro proceso espiritual. Entresacamos los dichos de luz y amor compuestos por Juan del Cruz, que presenta D. Bernardo al respecto, a fin de comprenderlo con mayor claridad:

El que solo quiere estar, sin arrimo de maestro y guía será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que, por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a sazón.

El alma sola, sin maestro que tiene virtud, es como el carbón encendido que está solo; antes se irá enfriando que encendiendo.

El que a solas cae, a solas se está caído y tiene en poco su alma, pues de sí solo se fía.

¹³Esteban Goutagny, oco, *El Camino Real del Desierto*, Col. Espiritual Monástica, nº 2, Edición fuera de comercio, 1992, pág 105.

Pues no temes el caer a solas, ¿cómo presumes de levantarte a solas? Mira que más pueden dos juntos que uno solo.

El que cargado cae, dificultosamente se levantará cargado.

Y el que cae ciego, no se levantará ciego solo, y, si se levanta solo, encaminará por donde no conviene (Dichos de luz y amor 5, 7-11)¹⁴

Es decir, por mucho que hayamos avanzado en el camino, el acompañamiento siempre será necesario. Y este es un principio que vale para todos. Esto lo digo, porque tengo la impresión que hoy día tenemos un “poquito” más claro que las nuevas vocaciones difícilmente perseveran en la vida consagrada sin un acompañamiento espiritual, pero creo que todavía nos cuesta aceptar que difícilmente se persevera con salud física, psíquica y espiritual en la vocación emprendida –aunque se persevere fielmente en el lugar o en la institución- sin contar con un acompañamiento espiritual que nos ayude a avanzar con el corazón dilatado por los caminos del Espíritu.

Vista así, la práctica del acompañamiento se vuelve demandante, y la pregunta que surge se inevitable ¿Dónde o cómo encontrar un acompañante espiritual? ¿Hay suficientes personas preparadas para ejercer este ministerio? Si buscamos un acompañante perfecto nunca encontraremos una persona que nos acompañe. Si lo buscamos a nuestro gusto: que nos confirme en nuestras conveniencias, lo encontraremos a la vuelta de la esquina. Si nos abrimos con sinceridad a la búsqueda de Dios, aceptando las medicaciones humanas, probablemente encontraremos el acompañante oportuno que el Espíritu ponga en nuestro camino.

Esto me hace caer en cuenta de algunas confusiones que se dan tanto dentro de las comunidades monásticas como fuera de ellas.

Dentro de las comunidades monásticas y religiosas, la confusión puede venir del error de creer que la persona que acompaña espiritualmente “necesariamente” tiene que ser de fuera de la comunidad y, además, sacerdote. Algo, creo, que se acentúa en comunidades femeninas. Evidentemente que esto puede suceder, y ser muy positivo, pero no tiene necesariamente que ser así, también dentro de la comunidad pueden haber hermanos competentes que se conviertan en acompañantes del camino. De hecho, tendría que ser la experiencia de comunidad: ser compañeros de camino.

De fuera de las comunidades monásticas y religiosas, el error puede venir por la confusión entre acompañamiento y confesión. Por lo tanto, también aquí se espera que esta persona sea un sacerdote, si no al menos un consagrado. Dichas confusiones me lleva a tratar de esclarecer otro interrogante, que imagino también se les presenta a Vds.

1.4 ¿Quiénes pueden ejercer el ministerio del acompañamiento espiritual?

¹⁴ Bernardo Olivera, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, México, 2010, p. 25.

Lo primero que habría que decir que el acompañamiento espiritual es un arte y una ciencia, o como lo hemos dicho ya: un ministerio y un carisma. Para ejercer de forma íntegra este ministerio necesita formación, preparación y adiestramiento; de esto hablaremos en otro apartado. Es decir, el ministerio del acompañamiento lo pueden ejercer aquellas personas que hayan recibido este don y estén preparadas para ello, sean sacerdotes o laicos, varones o mujeres:

La pastoral de acompañamiento es un verdadero ministerio en la Iglesia y así lo reivindicó el cardenal Köning en 1987, al pedir que el concepto de ministerio, reservado hasta entonces a obispos y sacerdotes, se ampliase para identificar otros servicios en la Iglesia, entre ellos el servicio pastoral de acompañamiento.¹⁵

Bernardo Olivera, varón, sacerdote y experto acompañante espiritual, nos dirá que el acompañamiento espiritual, desde la perspectiva del acompañante, nos es algo exclusivo de los sacerdotes ni de los varones, y además, nos recuerda que en el Catecismo Iglesia católica se reconoce que los laicos en general pueden ejercitar este arte gracias a eventuales dones de sabiduría y discernimiento:

El Espíritu Santo da a ciertos fieles dones de sabiduría, de fe y de discernimiento dirigidos a este bien común que es la oración (dirección espiritual). Aquellos y aquellas que han sido dotados de tales dones son verdaderos servidores de la tradición viva de la oración. Por eso, el alma que quiere avanzar en la perfección, según el consejo de San Juan de la Cruz, debe “considerar bien entre que manos se pone porque tal sea su maestro, tal será el discípulo” (CIC, 2690)¹⁶.

Curiosamente el reciente documento de la congregación para el clero, dirigido a los sacerdotes, al hacer referencia al “ministerio” del acompañamiento espiritual, o dirección espiritual, como se ha conocido en la tradición, dice en relación a quienes pueden ejercer este ministerio:

Aunque haya prevalecido la dirección espiritual impartida por monjes y por sacerdotes ministros, siempre ha habido fieles (religiosos y laicos) – por ejemplo Santa Catalina – que han prestado dicho servicio. La legislación eclesiástica ha recogido toda esta experiencia y la ha aplicado sobre todo en la formación inicial a la vida sacerdotal y consagrada. Hay también fieles laicos bien formados – hombres y mujeres – que realizan este servicio de consejo en el camino de la santidad.¹⁷

Es decir, nada hay que temer en permitir que el ejercicio del acompañamiento espiritual lo ejecuten aquellas personas experimentadas, sean sacerdotes o laicos, varones o mujeres, que hayan recibido este carisma o ministerio, y posean la preparación suficiente para prestar este servicio a sus hermanos.

¹⁵ Lola Arrieta, *Acoger la vida, acompañando la vida*, Frontera Hegian 26, p. 14

¹⁶ Bernardo Olivera, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, México, p. 31.

¹⁷ Congregación para el clero: *El sacerdote confesor y director espiritual ministro de la misericordia divina*, nº 65, marzo 2011.

Soy consciente que hablo a personas implicadas en esta labor, como a personas que no lo están, a monjes y no monjes. Por lo tanto, con lo que llevamos hasta aquí en esta primera parte: fuentes, recorrido hecho por la historia, aclaraciones hechas con respecto a las dudas que puedan surgir, basta como una noción general para tomar consciencia de la importancia del acompañamiento espiritual en la vida. A los que ya han hecho camino en el acompañamiento espiritual, nada nuevo les he dicho; a los que desconocen esta práctica, espero que se les haya despertado el apetito por experimentarla.

II. MI EXPERIENCIA EN LA ACOGIDA Y EL ACOMPAÑAMIENTO A LAS JÓVENES EN FORMACIÓN.

1. Una experiencia del pasado.

A partir de aquí, mis palabras irán un poco más encaminadas a quienes practican de hecho la acogida y el acompañamiento espiritual, bien como acompañantes, bien como acompañados, en un contexto de formación. Hablaré a partir de lo que he observado, y nada diré si no lo he experimentado, según me ha enseñado S. Teresa de Jesús.

Comenzaré compartiéndoles lo que hace un año expuse, respecto al acompañamiento espiritual, en el curso de maestros que tenemos en la Orden cada dos años; luego trataré de comunicarles lo que después de un año he seguido aprendiendo, enriquecida con la experiencia vivida este año en el seminario sobre acompañamiento espiritual. Sólo al final diré una palabra sobre el tema de la acogida a las nuevas vocaciones.

En el encuentro de maestros que mencionaba, se me pedía que expusiera las primeras etapas de la formación monástica: el ingreso al monasterio y el postulante, y no tanto lo que era el acompañamiento espiritual en sí. Pero creo que no tiene sentido hablar de la formación inicial sin hacer referencia al acompañamiento espiritual, por lo que ahora diré.

Nuestro documento sobre la formación, *Ratio Institutionis*, al presentar la tarea de la maestra de novicias dice textualmente en el número 25, respecto al acompañamiento de las formandas:

- ✓ Las acompaña en su itinerario espiritual hasta el momento que salen del noviciado
- ✓ Debe ser persona que posea la habilidad de escuchar
- ✓ Enseñar más por la calidad de su vida que de su palabra
- ✓ Introduce a las postulantes en la oración, en el Opus Dei y en la Lectio Divina
- ✓ Las ayuda a superar las dificultades propias de esta etapa

Decía en aquel curso, que las anteriores pautas nos dan dos ideas claves para la formación inicial:

- 1) La importancia de “introducir” en los instrumentos propios de la tradición monástica: conversatio, oración, Opus Deis, Lectio Divina, etc.

- 2) La segunda pauta de suma importancia, que bien puede ser la primera y la que nos interesa en esta plática, es prestar “acompañamiento espiritual” a los que se encuentran en las primeras etapas, como una herramienta insustituible de formación monástica: “las acompaña en su itinerario espiritual hasta el momento que salen del noviciado”, “debe ser persona que posea la habilidad de escuchar”, “las ayuda a superar las dificultades propias de esta etapa”.

Por ello surgió la idea de tratar y presentar brevemente mi experiencia en el acompañamiento espiritual. Leo textualmente lo que entonces elaboré, para luego compartirles mi experiencia actual en este campo:

1.2 El acompañamiento espiritual en las primeras etapas de formación

Procuro dar bastante importancia al acompañamiento espiritual, ya que creo que es una herramienta imprescindible para el crecimiento humano y espiritual. No es algo forzado en ningún momento. Normalmente son ellas las que están deseando tener encuentros periódicos. Ellas saben, y se lo suelo decir, que mi labor principal en el monasterio, en este momento, es el noviciado y que estoy a su disposición cuando me necesiten, aunque me vean ocupada en otras actividades; les digo que si necesitan compartir algo me lo digan, que si en ese momento no las puedo atender en cuanto pueda las llamaré, y procuro que así sea.

Es en los encuentros personales donde trato de lanzarlas a esa aventura interior, vamos recordando la historia personal de la vocación, vemos los progresos en la oración, la lectio divina, el oficio divino, la convivencia con las demás. Algunas comparten espontáneamente su historia personal y la van releendo a la luz de lo que van descubriendo en el monasterio; otras, según la etapa que están viviendo, piden luz en sus luchas interiores, en sus decisiones, etc.

Algunas veces me doy cuenta que al tratar temas de autoconocimiento, a través de las conferencias, la lectura de los libros y los temas que ellas mismas trabajan, además de todo lo que nueva vida implica, dejan al descubierto ciertas heridas con las que normalmente entramos en el monasterio, y es aquí donde comienza un diálogo más profundo con ellas. Les confieso que a veces he sentido temor de tratar ciertos temas porque sé que esto toca el interior de la persona y por tanto se sienten identificadas con lo que tratamos, y muchas veces eso es fuente de “crisis” para ellas. Crisis que muchas veces son verdaderas perturbaciones. Perturbaciones, que incluso tienen repercusiones en su salud, como dice D. Bernardo Bonowitz:

Así el novicio –en particular el buen novicio y todavía más el buen profeso simple y el buen profeso solemne- yo añadiría también el buen postulante-irán a pasar por perturbaciones emocionales tremendas. Además de influir en sus patrones de alimentación, sueño, humor, perturbaciones, sueños, estas crisis lo tocarán en su punto

neurálgico: tocarán reductos de su ser y los dejarán abiertos para una vida extraña: la vida de Dios.¹⁸

Pero también me he dado cuenta, cuán necesario es que esto se haga en las primeras etapas del camino monástico a fin de poner cimientos sólidos: bases humanas para poder levantar un edificio espiritual, y no al revés. Esto lo aprendí por propia experiencia. En un principio, cuando llegué al noviciado, como maestra de novicias, creí que había que ayudar a las formandas a crecer en su relación con Dios, a intensificar la intimidad con Dios. Pronto me di cuenta que esto puede ser, para algunas, caldo de cultivo para huir de la propia realidad e incrementar esa falsa imagen que tenemos de nosotros mismos, corriendo el riesgo de una deformación espiritual.

A partir de entonces, pese a las dificultades que ya mencionaba y el temor a que desencadenar procesos que les haga entrar en crisis, lo que tiene prioridad en los temas que suelo tratar con ellas es el autoconocimiento, la madurez afectiva y sexual, el crecimiento humano. Paradójicamente, esto es lo que va favoreciendo un verdadero crecimiento en el Espíritu. Personalmente creo que dichas “perturbaciones” son, a veces, mejor garantía de un crecimiento espiritual que todos los fervores espirituales que puedan tener los formandos. Por ello en los encuentros personales que tengo con cada una, la revisión espiritual brota espontáneamente a partir de la realidad humana.

Algo más respecto al acompañamiento personal, he aprendido que dichos encuentros serán mucho más fructuosos cuanto más podamos hablar en la verdad y asumir con realismo sus heridas y carencias, todo esto de forma gradual y progresiva. El proceso de crecimiento es lento, lo que requiere una paciencia infinita por parte de quien acompaña, así como la firmeza de quien sabe sostener los momentos difíciles, porque él mismo los ha vivido.

Es decir, una actitud demasiado sentimental y blandengue por parte de quien acompaña, no ayudará a asumir la historia personal, llena de luces y sombras, con sus cosas buenas y menos buenas, con la que cada uno viene al monasterio, peor aún si trata de consolar excesivamente y llevarle a ignorar lo que ha vivido en su pasado. Cuanto más se le ayude a caer en cuenta que lo que ha vivido ya no se puede cambiar, que la aceptación de Dios al misterio de su persona es incondicional, se sentirá mejor comprendida y escuchará mejor lo que se le puede ofrecer como ayuda, que en ciertos casos requerirá de una persona especializada.

Cada vez más quienes se acercarán a nuestros monasterios serán personas con heridas causadas por: padres separados, hijos abandonados, violencia familiar, abusos sexuales, consumo de droga, quizá nos encontremos con casos que hasta ahora nunca habíamos visto, etc. Todo esto requiere por parte de quien acompaña un conocimiento profundo de la estructura humana así como de su propia flaqueza, a fin de no escandalizarse por

¹⁸ Bernardo Bonowitz, *Apto para ganar almas*, en Cistercium, nº 250.

lo que se le confía y, sobre todo, requiere una confianza infinita en la misericordia y la gracia de Dios que llama a quien quiere y como quiere.

Todo esto, lógicamente, requiere ser un agudo observador, a fin de no caer en intentos inútiles con quienes, dado su historial, no tiene el equilibrio necesario para llevar nuestra vida o, por el contrario, censurar la llamada de alguien que se ha reconciliado con la parte oscura de su propia historia y desea sinceramente responder a la llamada de Dios en esa comunidad.

A mí me ayuda ir confrontando todo lo que el acompañamiento suscita en mi corazón primero con el Evangelio, es allí donde encuentro normalmente el aliento que necesito. Llegar al noviciado significó para mí descubrir un rostro nuevo en el Señor Jesús: el verdadero Maestro; en sus actitudes, palabras, sentimientos descubro una riqueza impresionante para el servicio de Maestra. En segundo lugar, me gusta confrontar con mi propia experiencia todo lo que el acompañado me va expresando, eso me permite no olvidar que ambas estamos en crecimiento.

Muchas otras cosas he aprendido respecto al acompañamiento espiritual, muchas otras me quedan aún por descubrir...

Hasta aquí lo que elaboré en aquel momento.

2.- Mi experiencia actual en el acompañamiento espiritual.

Terminaba diciendo en el punto anterior que muchas otras cosas me quedaban aún por descubrir... hoy, después de un año, lo puedo afirmar más rotundamente: ¡Muchas cosas me quedan aún por descubrir! Les comparto algunas de las cosas que, desde entonces hasta ahora, he podido ampliar en mi experiencia, y otras que el año pasado no pude desarrollar, es decir trataré de complementar lo recién dicho.

2.1 El Encuentro: Escucha Activa y Verbalización Pasiva¹⁹.

Después de casi un año de compartir el seminario, al que hice referencia anteriormente, he comprendido cuán importante es vivir la vida, el día a día, con talante de discernimiento: desentrañar la realidad, ahondar, bajar de nivel, porque la vida es un proceso que siempre avanza, somos seres en crecimiento. He comprendido también que para que haya acompañamiento espiritual es necesario que se de un encuentro.

Cuando venimos al monasterio no estamos acostumbrados a escucharnos interiormente. Por lo tanto, difícil expresar lo que llevamos dentro, y sin escucha y expresión del interior no hay encuentro, y sin encuentro difícilmente se pone en práctica el

¹⁹ Entiendo que la escucha activa (EA) es la técnica de acoger a la persona que nos habla. Descodificar adecuadamente su lenguaje verbal y no verbal a fin de comprender los distintos contenidos de su mensaje, y llamo verbalización pasiva (VP), al arte de expresar adecuadamente nuestras experiencias sin quedar confundidos interiormente, así como a la experiencia de ir pacificando nuestro interior en la medida que nos sentimos escuchados. Trato de explicar que en ambas cosas se puede crecer.

discernimiento, sin discernimiento difícilmente podemos avanzar en la vida del Espíritu. Es preciso acompañar a las nuevas vocaciones en ese viaje interior de búsqueda y encuentro con Dios.

Pero no sólo el acompañado ha de aprender a escucharse, el acompañante también necesita aprender a escuchar, escuchar activamente. Al pedirle a alguien experimentado que me diera ideas para desarrollar este trabajo, me decía: “el quid de la cuestión está en la escucha”. Ciertamente, cada vez veo con más claridad la importancia de la escucha empática, activa, atenta, cálida, por parte de quien acompaña... En los diálogos con las hermanas del noviciado he visto cómo necesitan hablar, compartir, desahogar, verbalizar sus conflictos interiores, narrar su historia, exponer sus dudas, etc. Desde mi experiencia como acompañada también lo puedo constatar.

Muchas de las cosas que nos alteran interiormente es porque no las hemos podido verbalizar, al hacerlo, van cayendo las cargas, disminuye la ansiedad, se va haciendo luz, se puede discernir. Pero no siempre esto significa que nos quedemos en paz. Una vez se hablan, se presentan las demandas, comienza un largo camino a recorrer hasta ubicar las experiencias en su sitio. Requiere varios encuentros. Al menos a mí me sucede que al verbalizar algo, se suscitan nuevas expectativas interiores, aparecen nuevos sentimientos, se puede experimentar que el interior se ha turbado más. Nada de esto tendría que asustarnos, puesto que esto es indicio que hay algo que tiene vida. Una vida que no se puede reprimir, que necesariamente tiene que salir.

Lo más profundo que llevamos dentro sólo puede fluir cuando nos sentimos frente a alguien que nos acoge sin condiciones: siendo una persona auténtica (él mismo), aceptándonos con todo respeto, interés, cariño (permitiéndonos ser nosotros mismos) y sobre todo, “escuchándonos con el corazón”. Y la escucha desde el corazón implica acoger, hacer silencio, observar, comprender, empatizar, aceptar con afecto, en una palabra: amar.²⁰ Es entonces cuando realmente se produce el encuentro. Encuentro que remite al encuentro con Dios:

Por lo tanto, ni escuchar bien es fácil, ni verbalizar adecuadamente nuestras experiencias interiores lo es. Ambas cosas requieren esfuerzo y aprendizaje, como venimos diciendo. Por ello, me surge también tratar dos puntos que me parecen importantes: La formación permanente de los acompañantes y la necesidad de formarnos para dejarnos acompañar.

2.2 La formación permanente de acompañantes espirituales.

Son muchos los que hoy día han tomado en serio la tarea de formación para personas que desean seguir creciendo en el arte del acompañamiento espiritual y tal como hemos dicho la experiencia nos enseña que es necesario crecer en el arte de acompañar a los

²⁰ Cf. Bernardo Olivera, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, México, 2010, p. 57ss.

demás. En ello venimos insistiendo en el desarrollo de este tema, por lo cual no me detendré mucho en este punto.

Para tomarse en serio la formación del acompañante espiritual lo primero que hay que tener claro es que este ejercicio hoy día, y cada vez más, se concibe no sólo como un carisma sino también como una ciencia, ciencia del corazón, y un arte que requiere destreza y habilidad, por lo tanto es necesario formarse adecuadamente.

¡La opción por formarse como acompañante espiritual es a la vez una opción para seguir formándose! Sin esta convicción y compromiso no tenemos derecho de seguir acompañando espiritualmente a otras personas que buscan identificarse con Cristo y seguirle más de cerca.²¹

Pero que la formación del acompañante sea algo a lo que hoy día estemos más sensibilizados, no significa que sea algo de moda. La tradición cristiana ha tenido en alta estima que el acompañante sea una persona preparada, y no sólo experimentada:

La tradición cristiana nos ofrece un retrato bastante acabado del padre, guía, maestro, director o acompañante espiritual. Consultando algunos maestros de los siglos XVI Y XVII, obtenemos las siguientes respuestas:

- *Conviene que toméis por guía y padre a alguna persona letrada y experimentada en las cosas de Dios (San Juan de Ávila, Audi Filia, 55)*
- *Importa mucho ser el maestro avisado –digo de buen entendimiento- y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio (Santa Teresa, Vida, 13: 16; cf. 18-19; Moradas Sextas, 3, 11)*
- *Un guía cabal, además de ser sabio y discreto, ha menester se experimentado (San Juan de la Cruz, Llama 3:30)*
- *Es necesario que sea (el guía y amigo espiritual) un hombre lleno de caridad, de doctrina y de prudencia²² (San Francisco de Sales, Introducción a la Vida Devota, 1: 4)*

Por lo tanto, son los grandes maestros espirituales los que nos advierten respecto a la necesidad de la formación para la persona que ejerce el ministerio del acompañamiento espiritual. Recientemente el Papa Benedicto XVI insistía:

A la formación de las conciencias contribuye también la “dirección espiritual”. Hoy más que nunca se necesitan “maestros de espíritu” sabios y santos: un importante servicio eclesial, para el que sin duda hace falta una vitalidad interior que debe implorarse como

²¹P. Eddie Merciecas.j. *La formación permanente del acompañante espiritual, XII Encuentro Nacional Pastoral Vocacional.*

²² Bernardo Olivera, *En manos del Espíritu, guía para el acompañamiento espiritual laical*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, México, 2010. p. 28-29

don del Espíritu Santo mediante una oración intensa y prolongada y una *preparación específica* que es necesario adquirir con esmero.²³

Pero, ¿en qué áreas es necesaria la esta formación hoy día? Desde mi poca experiencia puede señalar algunas:

- *Ahondar la relación con el verdadero Acompañante*
- *Vivir con profundidad la propia experiencia de ser acompañada por otro*
- *Creecer en autoconocimiento y auto-acogida*
- *Empaparse con la espiritualidad y la experiencia de los clásicos espirituales*
- *Conocer elementos básicos de ciencias humanas como psicología, comunicaciones, relaciones interpersonales, etc.*
- *Creecer en la práctica de la escucha activa.*
- *Actualizar temas doctrinales, teológicos, antropológicos, eclesiales, espirituales, etc.*
- *Interesarse por temas socio-culturales, sobre todo los que competen a las personas que se acompaña.*
- *Participar en cursos sobre acompañamiento espiritual que tengan en cuenta el enfoque integral de la persona*²⁴

2.3 Formarnos para dejarnos acompañar

En diciembre del año pasado falleció la Abadesa que me recibió en el monasterio; a los pocos meses murió la que fue mi maestra de novicias en las primeras etapas de formación. Las dos tuvieron un tránsito casi inesperado. Nunca se me hubiera ocurrido hacer referencia a ellas como a mis acompañantes, pero es ahora cuando me doy cuenta de la influencia que tuvieron en mi camino monástico.

Cuando comunique a una persona, a la que tenía que presentar un trabajo, que me había sido imposible hacerlo pues había acompañando los momentos que podía a M. Juliana en su agonía, y que las impresiones eran fuertes porque había sido la Abadesa que me había acompañado al ingresar al monasterio, me contestó diciéndome: “fíjate que experiencia más bonita: dos mujeres acompañándose, ella en tu entrada al monasterio y tú en su tránsito a la casa del Padre/Madre”. Fue entonces cuando caí en cuenta que, efectivamente, ella me había hecho sentir acompañada en el camino monástico y que para mí había sido una gracia acompañarla en su tránsito.

²³Benedicto XVI, *Mensaje al Em. Card. James Francis Stafford, Penitenciario Mayor, y a los participantes en la XX edición del curso de la Penitencia Apostólica sobre el fuero interno*, 12 de marzo de 2009.

²⁴ Esto es lo que yo puedo sugerir; pero como ya antes he dicho, considero que hay gente valiosa que está haciendo contribuciones realmente importantes en el campo del acompañamiento espiritual. Entre ellos puedo resaltar, porque los conozco, la figura de Bernardo Olivera y Lola Arrieta, a quienes he mencionado anteriormente, y remitir a sus escritos sobre acompañamiento. Los considero una verdadera mina de conocimientos prácticos y teóricos.

En los primeros años de vida monástica, no sabía lo que era acompañamiento espiritual, ni tener un director espiritual, ni un guía. Aunque Dios siempre puso en mi camino personas que me supieron aconsejar, nunca había escuchado hablar de eso. La Maestra estaba allí, pero en realidad yo no sabía cuál era el papel que ella debía desempeñar. No obstante, supo estar allí, y esto creó el vínculo necesario para abrirme a ella con confianza, sin saber si lo que hacía era un acompañamiento o no. Sólo entendía que era la persona a quien debía abrir el corazón, y así traté de hacerlo.

Por ignorancia creí que debía alejarme, tampoco nadie me dijo que ella era la que debía acompañarme, y si me lo dijeron poco me enteré. Ahora comprendo que efectivamente un cierto acompañamiento se dio. Durante un tiempo estuve hablando con distintas personas tratando de encontrar luz; casi todas llegaba a la misma conclusión: “necesitas que alguien te acompañe”. Yo me preguntaba: “pero qué me quieren decir con eso, quién es esa persona que me tiene que acompañar...” Remotamente sabía que era una práctica monástica, pero pensaba que eso era un ejercicio del pasado.

Llegó el momento, por caminos providentes de Dios, que después de tanto desearlo, esa persona apareció en mi camino. No voy a contar toda la historia, sólo decir que gracias a que me insistían que debía buscar acompañamiento pude abrir con confianza el corazón cuando se presentó la oportunidad. Con esto quiero decir que muchas veces necesitamos ese empujón que nos lance a la aventura del acompañamiento espiritual, que alguien nos invite a buscar acompañamiento espiritual, que nos diga necesitas abrir con confianza el corazón a una persona experimentada que te ilumine lo que estás viviendo. Es lo que la experiencia me enseñó.

Es frecuente que algunos creyentes, en el camino de la vocación, se sientan invitados a pedir la dirección espiritual (acompañamiento), gracias a la predicación, a lecturas, a retiros y encuentros de oración, o a la confesión.²⁵

Por ello creo que es muy importante, cuando se dan acompañamientos institucionalizados, saber presentar a la persona que va a servir de acompañante espiritual e indicar cuál es su papel. Quizá también sea conveniente presentar el acompañamiento espiritual como un tema propio de la formación.

En la base del acompañamiento espiritual está el que el acompañado sepa básicamente de qué se trata, quiera esta relación de ayuda y tenga confianza en el acompañante. Una persona únicamente se fía de otra si esta tiene autoridad moral por su experiencia, formación y coherencia de vida.²⁶

Quizá en los comienzos del acompañamiento, el mismo acompañante es el que va formando, con mucho arte, en dicha disciplina. También es cierto que el hecho mismo

²⁵ Congregación para el clero: *El sacerdote confesor y director espiritual ministro de la misericordia divina*, nº 65, marzo 2011.

²⁶ Jesús Sastre García, Acompañamiento espiritual, bajado de Internet http://www.mercaba.org/Catequetica/A/acompanamiento_espiritual.htm

de ser acompañada nos va enseñando a dejarnos acompañar. En la medida que nos sentimos acogidos vamos aprendiendo a expresar, verbalizar nuestras experiencias.

Buscando cómo preparar este trabajo, pregunté al grupo de novicias que acompaño, qué es para ellas el acompañamiento espiritual y por qué les parece importante. Mi sorpresa fue grata: percibí que valoraban y comprendían mejor de lo que yo creí lo que es el acompañamiento espiritual y que efectivamente estaban interesadas en conocer más sobre el tema. Esta son las repuestas:

Significa dejarme guiar por alguien que ya ha hecho camino, ha experimentado la paciencia del camino monástico y la esperanza en el que todo lo puede. Es importante porque me ayuda a poner en orden mis ideas y pensamientos, a sacar de ellos lo bueno, porque no siempre son malos.

Otra decía:

Creo que es lo principal en todo el recorrido de la vida del monje, claro que mucho más al principio, al comienzo de esta vida, donde muchas veces llegamos, como yo, desubicados, sin saber nada. El acompañamiento me ayuda a confrontar lo que yo voy viviendo, con lo que verdaderamente es la vida monástica, porque sin esta persona que esté ahí es muy fácil que me desvíe.

Por último añadía otra:

Precisamente es eso, acompañar. Como en un viaje donde aprenden los dos, no se trata de que el que ha hecho el camino le descubra todas las maravillas de éste a su amigo. Por cierto, uno sólo sale de camino con los buenos amigos en quien confía, a los que quiere y se sabe querido, por eso en el acompañamiento debe primar la confianza, la paciencia, el silencio; tal vez sea bueno avisarle al novato dónde hay algún hueco, alguna trampa, o quizá un atajo, pero tal vez sea mejor que él lo descubra por sí mismo. En fin, el acompañamiento espiritual es una aventura donde el Espíritu Santo nos embarca a todos... No es bueno que el hombre esté solo... Es necesario tener alguien en quien confiar, con quien desahogar todas las angustias, alegrías, victorias, derrotas, interrogantes y sobre todo, tener la oportunidad de confrontar todo lo que se mueve en nuestro interior, ya que nuestro enemigo se viste de luz, bueno, mejor dicho, se disfraza... ante la humildad sus artimañas caen por su propio peso.

He querido presentarles las respuestas anteriores pues de allí extraigo las siguientes notas, que bien pueden servir cómo las áreas en las que es necesario crecer como acompañados:

- Aprender a valorar el acompañamiento espiritual como algo prioritario en la vida: *es lo principal en toda la vida del monje.*
- Entender la vida en dinámica de proceso, de camino: *Significa dejarme guiar por alguien que ya ha hecho camino... en todo el recorrido de la vida del monje... Es una aventura en donde el Espíritu Santo nos embarca a los dos.*
- Crecer en docilidad para:

- *Dejarme guiar por alguien que ya ha hecho camino*
- *Confrontar lo que voy viviendo, lo que se mueve en el interior*
- *Clarificar ideas y pensamientos*
- Dar pasos en confianza:
 - *Al Espíritu Santo*
 - *A mí mismo*
 - *A la persona que me acompaña*
- Saber qué es lo que se hace materia de conversación:
 - *Acontecimientos: victorias, derrotas...*
 - *Sentimientos: angustias, alegrías...*
 - *Mociones: lo que se mueve en el interior...*
 - *Es decir, todo lo que me constituye como persona*
- Saber que el discernimiento es fundamental en el acompañamiento espiritual: discernir lo que viene del Espíritu del Señor y lo que viene del mal Espíritu: *nuestro enemigo se viste de luz, bueno, mejor dicho, se disfraza...*

A partir de esto, me propuse presentarles el tema y dialogar sobre el acompañamiento espiritual en el noviciado, y creo que los frutos serán realmente positivos. Por ello también he querido presentarles este apartado.

3.- La acogida y el acompañamiento comunitario a las nuevas generaciones.

En el encuentro del año pasado, del que ya hablé, presente brevemente el papel irrenunciable de la comunidad en la formación de las candidatas. Creo que otro tanto vale decir para la acogida y el acompañamiento a las nuevas vocaciones.

De poco sirve un acompañamiento personalizado, por muy bueno que sea, si la comunidad renuncian a su papel de acogida y acompañamiento comunitario. En este caso, no sólo se complica la labor de acogida y acompañamiento personalizado por parte de la maestra, o de quién esté designado para ello, sino que además se corre el riesgo de atentar contra la vocación de una persona humana y del futuro de la comunidad.

La comunidad monástica, y toda comunidad religiosa y cristiana, y por comunidad entiendo a todos los miembros que la constituyen, tanto mayores, como de mediana edad y los más jóvenes, tendría que ser como el seno materno, en donde las vocaciones que llegan venidas de las nuevas generaciones se encarnen. Es decir, puedan crecer, desarrollarse, seguir su proceso vocacional, humano y espiritual, sintiéndose arropadas, acogidas, acompañadas. Ésta es una función irremplazable de toda comunidad, y de toda la comunidad.

Pero, ¡un momento!, que la comunidad tenga una función irremplazable de acogida y acompañamiento, no significa que cada miembro de la comunidad tenga que ejercer un acompañamiento personalizado con las nuevas vocaciones, esto sería un caos. Parece obvio, ¿no?, sin embargo tengo la impresión que muchas lo olvidamos; la acogida y el

acompañamiento comunitario hace referencia a otra cosa, y es lo que trataremos de esclarecer.

En la introducción decía que atentar contra la vida, no acogiéndola en cualquiera de sus fases, es atentar contra la paternidad/maternidad de Dios, que sueña con que todos vivamos. También aquí podríamos decir lo mismo: no acoger ni acompañar una vocación, rechazándola o despreciándola, en cualquiera de sus fases, es atentar contra la paternidad/maternidad de Dios que llama a quien quiere, y acepta a todos sean de la nación que sea (cf. Hch. 10, 34).

Ciertamente la acogida comunitaria a las nuevas vocaciones a veces se puede empañar por el rechazo de algunos miembros de comunidad, a veces por el simple hecho de pertenecer a una nueva generación, por tener una preparación distinta, por el hecho de ser extranjera, etc.... Permítanme por un momento hablar desde aquí, desde mi situación como “extranjera” o vocación “exportada”, como suelen llamar algunos, porque gracias a eso he podido experimentar una acogida mayor tanto en tierras españolas, como en mi propia comunidad. De ello puedo dar testimonio con profundo agradecimiento.

Jamás se me ocurrió vivir en otro país, jamás. No me gustaba. Por bienestar económico yo no lo hubiera hecho. Vine a España, mejor dicho al monasterio, buscando al Señor, vine porque se me dio la oportunidad de realizar una llamada que había en el corazón. De otra forma no hubiera tenido fuerza para dejar lo que dejé, por poco que fuera. Es esa fuerza la que me sostiene en el día a día, es lo que me mantiene con los oídos atentos para saber por dónde van las insinuaciones del Espíritu.

No olvidemos que grandes personajes de la historia, monjes y monjas entre ellos como San Arsenio, Evagrio Pónico, Paladio, San Martín de Tour, San Paulino de Nola, Baquiaro, fueron convertidos del siglo en el que vivían; muchos de ellos tuvieron que emigrar a otras tierras para realizar su vocación. Hay toda una doctrina monástica al respecto llamada *xeniteia*, -vivir como extranjero- considerada como signo de vida de perfección.²⁷ Me pregunto si el movimiento de vocaciones venidas del extranjero no será una forma de practicar la *xeniteia*, y darle un nuevo sentido.

Porque desde el patriarca Abraham, pasando por Jesús de Nazareth, hasta nuestros días, siempre habrá buscadores de Dios que escuchen esa llamada de Dios a salir de su patria y de su parentela para ir a la tierra que Él les muestra (cf Hb.11). Es más, creo que es una llamada que todos deberíamos escuchar a fin de salir de nuestras propias seguridades.

²⁷ La *xeniteia* consistía básicamente en la experiencia de vivir como extranjero, acompañando a Cristo desterrado en este mundo. Hubo varias formas de practicarla, una de ellas consistía precisamente en abandonar la patria para vivir en el extranjero en calidad de extranjero, es decir, como desterrado voluntario, pero con exclusión de vagar sin cesar de un lugar a otro. Para un conocimiento más profundo remito a García M. Colombas, *El monacato primitivo*, BAC, 588, 2004, p. 495-499.

Creo que la experiencia de una joven extranjera no está ajena a la de tantas jóvenes que se sienten extranjeras dentro de sus mismas comunidades, por el simple hecho de pertenecer a una generación distinta, ni mejor ni peor que las anteriores, simplemente distinta. Creo que en muchas ocasiones no se escuchan las aspiraciones profundas de los jóvenes. Desarrollando este trabajo me encontré con las siguientes palabras que venían a resumir lo que trato de plasmar:

Descubro bastante insensibilidad hacia la presencia inédita de la Gracia en las nuevas generaciones. Esa Gracia no siempre es reconocida, ni acogida con hospitalidad en la Iglesia. Los jóvenes plantean a la teología, a la ética cristiana, a la praxis pastoral, en todas sus vertientes preguntas muy serias. Son preguntas que a veces nos atemorizan, porque da la impresión de que pueden desestabilizar todo el sistema... Creo que el momento de la "misión joven" es también el momento de la "teología joven". La teología no es joven simplemente porque sea repetida por jóvenes teólogos o teólogas, sino porque responde apasionada y convincentemente a las preguntas más serias que las jóvenes generaciones nos plantean y también -¡y esto es lo más importante para mí!- porque reflejan hacia dónde el Espíritu está llevando a la humanidad y al cosmos.²⁸

Se trata pues de escuchar. Y la escucha activa no es algo que sólo tengan que aprender los formadores, tendríamos que ser todos los miembros de la comunidad los que deberíamos aprender a escuchar. Porque la escucha activa y empática, es algo que también se puede aprender, así como se puede aprender a respirar bien.

Cunando en una comunidad se dan situaciones de rechazo a las nuevas generaciones, pueden surgir preguntas como estas ¿qué es lo que quieren estas miembros que rechazan las nuevas vocaciones?, ¿es que están pidiendo que no vengan más jóvenes, menos si son extranjeras?, ¿o están pidiendo a las que ya están que se vayan? ¿qué es lo que esperan realmente de la juventud actual? Es difícil tratar de acoger y acompañar a las nuevas vocaciones, extranjeras o no, si no hay un ambiente comunitario propicio para el desarrollo de éstas.

Resumamos lo dicho con una especie de parábola: la acogida y el acompañamiento comunitario a las nuevas vocaciones, se parece a una madre que está en cinta, y se alegra de estarlo; se alegra por el fruto que lleva en su seno, lo cuida, desea que crezca, no le importa las molestias que tiene, si siente dolores o amenazas de que se de un aborto espontáneo, se cuida para que la vida que lleva dentro pueda ver la luz de este mundo. Y si ese hijo no puede nacer, no se culpabiliza porque ha hecho todo lo posible para que naciera. Pero si nace y crece, se olvida de los dolores de parto por el gozo de que ha nacido una nueva creatura, un hijo de sus entrañas...

¡Dichosa la comunidad que se considera espectadora privilegiada de sus procesos, (de las nuevas vocaciones) que se asombra por cada vocación al

²⁸ José Cristo Rey García Paredes, CMF, *¿Hacia dónde mueve el Espíritu a la juventud?*, en revista Vida Religiosa, 111, 2011, pág 33s

contemplarla como un regalo maravilloso y fascinante del Señor que produce agradecimiento!²⁹

Conclusión

Soy consciente que muchas cosas se han quedado sin decir, no he podido bajar a detalles concretos, como la forma de llevar adelante una entrevista o encuentro personal, nada he dicho del discernimiento de espíritus. El tema de la acogida y acompañamiento es muy amplio, y lo que hemos presentado es más o menos una visión general, introductoria, desde una perspectiva monástica y femenina, a la vista está.

Dije que hablaría desde mi experiencia en el acompañamiento a las jóvenes de mi comunidad, pero no podría hablar de la riqueza de esta práctica si yo misma no me hubiera sentido acompañada en el camino monástico, personal y comunitariamente, como ya lo he dejado entrever. Por ello, quiero terminar con parte de los versos de una canción que compuse junto a una prima hace ya varios años, cuando aún vivía en El Salvador. Unos versos que entonces dedicábamos a todos los mayores que luchaban pacíficamente por la paz del país, y que ahora dedico a todos aquellos que saben acoger y acompañar. Podrían verse como la petición de un acompañante a su acompañado:

Déjame la paz iluminada,
un camino de fe y esperanzas...
Yo preciso saber, quiero entender,
deseo caminar hacia la Luz...
tú eres la experiencia, el sabio, el timón
enséñame a ser fiel en el camino...
Acompáñame: te necesito,
Ayúdame: eres mi amigo.

M^a Fernanda Soriano Molina
Benavente, 20 de agosto 2011

²⁹ Editorial, *Boletín Intercambios Monástico*, n° 55, Junio 2011.